

—Me gustaría que fuéramos al puerto y a pasear por el bosque —dijo Evelyn.

Salieron de casa en dirección al puerto y se sentaron en unas rocas desde las que se tiene una vista muy bonita del mar y donde se ve a las gaviotas zambullirse en el agua en busca de alimento.

Mientras disfrutaban de una suave brisa, Jenny aprovechó para preguntarle a Evelyn sobre aquel sueño tan extraño que había tenido. Cuando acabó de explicárselo, Evelyn la miró y dijo:

—Cariño, no sé lo que puede significar ese sueño.

—Vamos, abuela, lo sabes todo sobre el significado de los sueños. No hay nadie que sepa más que tú sobre eso y me has enseñado lo suficiente para saber que puede ser un presagio. No me digas que no me puedes ayudar —dijo Jenny.

Evelyn de nuevo la miró y acariciándole la mejilla le respondió:

—Eres una chica muy lista, pero me temo que esta vez no te puedo ayudar. Lo siento.

Al terminar aquellas palabras, los ojos de Evelyn estuvieron a punto de derrumbarse, pero no podía fallar al juramento que tiempo atrás se hizo, el de intentar por todos los medios que sus ojos jamás vieran llorar a Jenny de pena.

Jenny enseguida se dio cuenta de que no debía de insistir en el significado de aquel sueño y cambió de tema.

—¿Vamos a pasear al bosque?

—Sí, vamos —dijo Evelyn—. Y, cariño, no me hagas mucho caso hoy, estoy demasiado sensible.

—¡Ay, abuela...! —le susurró Jenny mientras la abrazaba.

La ayudó a levantarse y se dirigieron a un pequeño bosque que quedaba muy cerca de casa, en el que había algunos bancos de madera para que la gente mayor se sentara y donde los jóvenes a menudo escribían declaraciones de amor urbanas. Una vez allí, Evelyn, de las orquídeas que había cogido del jardín, le dio la mitad a Jenny para que la ayudara. Le dijo que, por favor, les arrancara el tallo y que pusiera atención en lo que a continuación debería hacer con las orquídeas, porque sólo se lo mostraría una vez. Siguieron hablando y durante la conversación Jenny no perdía detalle. Después de unos

quince minutos y para su sorpresa, Evelyn había confeccionado lo que para Jenny era un collar.

—¡Increíble, abuela! ¿Dónde has aprendido a hacer eso? Es un collar precioso —dijo Jenny.

—No es un collar, cariño, sino una corona, una corona de orquídeas, y hace mucho tiempo que aprendí a hacerlas. Fue antes de que naciera tu padre.

—Algún día tienes que contarme cosas de tu juventud —le propuso Jenny.

—Sí... Algún día —dijo Evelyn mirando el horizonte—. Volvamos a casa, se está haciendo tarde.

Las dos abandonaron aquel pequeño bosque y se dirigieron a casa. Al llegar al jardín, Evelyn se detuvo un momento junto a todas aquellas amigas inseparables que durante tantos años habían brotado en su jardín y con las que había compartido la mayor parte de su vida.

—¡Vamos, abuela! Empieza a hacer frío. Entremos en casa.

—Sí... sí... —dijo Evelyn, como si tuviera la cabeza en otro lugar.

Al entrar en la casa Jenny saludó a sus padres en la primera planta y aprovechó para comentarle a Leif que Evelyn estaba muy rara. Leif le dijo que llevaba así toda la semana y que había hablado con ella, pero lo único que había conseguido eran las palabras: «No te preocupes, sólo estoy un poco sensible, nada más».

—Bueno, pues será eso. Espero que se le pase pronto porque no me gusta verla así —dijo Jenny—. Voy arriba.

Jenny subió las escaleras hasta la tercera planta, donde Evelyn, sentada en el sofá, miraba a través de uno de los ventanales.

—El viento empieza a soplar con fuerza, seguramente se acerca una tormenta. No creo que mañana salga el sol —dijo Evelyn sin apartar la vista.

—Sí, creo que el tiempo está empeorando por momentos —comentó Jenny.

—Es mejor que te vayas ya, no quiero que te coja la tormenta conduciendo —repuso Evelyn, que seguía mirando fijamente a través del ventanal.

—No te preocupes, abuela, no es la primera vez que conduzco bajo una tormenta.

—Pero no bajo una como ésta.

Evelyn se levantó del sofá, se acercó a Jenny, la abrazó y le dijo:

—Hazme caso, es mejor que te marches ya. Mañana si quieres puedes venir a verme.

Evelyn, al tiempo que decía aquellas palabras, veía la preocupación en los ojos de su nieta.

—Y no te preocupes por mí. Mañana estaré mejor —la tranquilizó Evelyn mientras cerraba la puerta.

Jenny se dirigió al coche. El viento soplaba con mucha fuerza. Antes de entrar en él miró hacia el sur y allá en la lejanía vio cómo el cielo resplandecía. Una vez más, Evelyn tenía razón. Se acercaba una gran tormenta...

Jenny entró en el coche y condujo como pocas veces lo había hecho. Por suerte pudo llegar a casa minutos antes que la tormenta, aunque para ello tuviera que saltarse algún que otro semáforo.

Al entrar en casa, Alejandro le dijo:

—Cariño, me tenías preocupado.

—Pues despreocúpate porque ya estoy aquí —le dijo Jenny, en un tono seco a causa del nerviosismo que llevaba encima.

—¿Has visto la que va a caer? En los años que llevo aquí jamás había visto el cielo de esa manera.

—Si te sirve de consuelo, yo llevo aquí toda mi vida y tampoco lo había visto nunca... Y dile a Marcos que se aparte de la ventana.

Sobre las nueve y media de la noche, los tres se metieron en la cama. Aún no había empezado a llover, pero el cielo de Göteborg era un auténtico espectáculo de resplandores y de ensordecedores truenos.

Mientras, en Langedrag, la lluvia ya había empezado a caer y Evelyn, desde la ventana de su cocina que daba al jardín, veía cómo las gotas de agua caían sobre las orquídeas. Entonces miró al cielo y con nostalgia recordó por un momento aquella historia en la que el destino le arrebató el amor a Larajedon —el dios de los elefantes— y que los ancianos de Zentická siempre contaban cuando sobre aquella tierra veían la lluvia caer. «De nuevo Larajedon vuelve a recordar a su amada», pensó. Bajó la mirada

y, de un cajón de la cocina donde guardaba los cubiertos, sacó unas tijeras y se dirigió al salón, caminó hasta la chimenea y cogió el retrato de familia, sacó la foto, recortó un pedazo y la volvió a poner como estaba. De nuevo volvió a la cocina, guardó las tijeras y se dirigió a su habitación. Sobre la cama había una túnica de gasa blanca que Evelyn había sacado de aquella vieja caja de madera donde guardaba sus fotos y otras cosas que realmente le importaban, se quitó la ropa y se puso aquella túnica, cogió lápiz y papel, se sentó sobre la cama. Seguidamente se apoyó sobre la mesita y escribió una nota. Al acabar se despojó de aquel anillo que siempre había lucido en el dedo anular de su mano izquierda y lo dejó sobre aquella nota. Entonces se tumbó, colocó la corona de orquídeas sobre su cabeza y cerró los ojos.

Mientras, la tormenta se iba haciendo más fuerte a medida que iba transcurriendo la noche y Jenny, sobre su cama, mientras dormía, volvía a tener aquel extraño sueño: De nuevo se veía a las puertas de la casa de Langedrag bajo una intensa lluvia. La misma sensación de miedo, el mismo frío y aquel silencio perpetuo que, de nuevo, quedaba roto por el sonido seco de aquellas nueve campanadas, pero a diferencia del sueño de la noche anterior, mientras una tras otra sonaban las campanadas Jenny, en medio de la oscuridad, veía el retrato de familia que Evelyn tenía sobre la chimenea. Pero Jenny enseguida se dio cuenta de que en aquel retrato había algo muy extraño. Evelyn había desaparecido de aquella foto. Estaba toda la familia menos ella.

En ese momento despertó, estaba empapada en sudor, ahora tenía claro el significado de aquel sueño. Miró hacia la mesita buscando el despertador en medio de la oscuridad, y vio que las agujas luminiscentes marcaban las ocho y media de la mañana. Recordaba perfectamente el sueño. Nueve campanadas. Sabía que no tenía mucho tiempo. Saltó de la cama intentando no despertar a Alejandro y a Marcos, que seguían durmiendo, cogió el teléfono y marcó el número de sus padres, pero escuchó una grabación telefónica que decía: «A causa de la tormenta, varios municipios de la periferia de Göteborg no disponen de línea telefónica. Disculpen las molestias».

Entonces se puso lo primero que encontró y salió corriendo escaleras abajo. Al llegar a la calle pudo ver que llovía con fuerza sobre la ciudad y ello hizo que aún se desesperara todavía más. Corrió hasta el coche, lo puso en marcha y, sin perder un segundo, salió hacia Langedrag. Jenny miró su reloj de pulsera que marcaba las ocho y

treinta y siete. Sabía que yendo muy deprisa se tardaban doce minutos en llegar allí, pero no con la lluvia que estaba cayendo.

—Tengo que hacerlo en quince —se dijo a sí misma.

Diecisiete minutos después el vehículo de Jenny se detenía bruscamente frente a la casa de sus padres, bajó del coche y corrió escaleras arriba a toda prisa, llegó a la puerta y, al tiempo que la aporreaba y tocaba el timbre gritaba:

—¡Papá, mamá! ¡Abrid la puerta! ¡Abrid la puerta rápido, por favor! ¡Abrid la puerta!

El reloj de Jenny marcaba las ocho y cincuenta y siete cuando Leif, medio dormido, abrió la puerta.

—¿Qué pasa? — preguntó Leif.

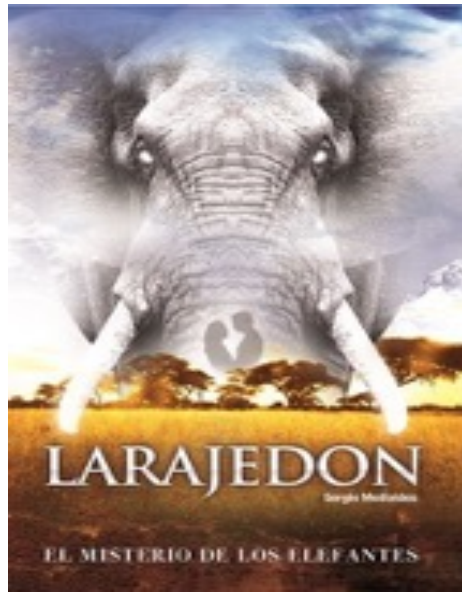
—¡Rápido! ¡Las llaves de arriba! ¡Rápido! —gritó Jenny.

—¿Pero qué pasa?

Jenny tenía demasiada prisa para esperar a que su padre le diera las llaves, así que entró y las cogió de la mesa del comedor. Entonces se acercó al mueble en busca del álbum familiar, lo cogió y cuando se disponía a abrirlo escuchó la primera de las campanadas. Atónita miró su reloj, que marcaba las ocho y cincuenta y ocho y entonces recordó que siempre se retrasaba un par de minutos. Dejó caer el álbum y gritando el nombre de Evelyn subió las escaleras. Mientras, Evelyn, sumida en un sueño profundo, se veía a sí misma caminar por tierras de Zentická. A lo lejos podía distinguir tres siluetas: dos grandes y una pequeña. Al acercarse sintió una gran emoción al ver que eran Kelabul, Kadubar y el pequeño Shokinná.

El reloj daba ya la cuarta campanada cuando Jenny entró en casa de Evelyn. Exhausta, se dirigió al salón. Le costaba respirar y, en cada expiración, de su boca salía una bocanada de aire que, al instante, se convertía en vaho a causa del frío. Tambaleándose y apenas sin aire llegó frente a la chimenea, cogió aquel retrato familiar, al tiempo que el reloj daba la sexta campanada, y no dio crédito a lo que vieron sus ojos: como en el sueño, Evelyn había desaparecido. No estaba en aquella foto de familia...

HAZTE CON TU EJEMPLAR Y DESCUBRE EL MISTERIO QUE ESTE LIBRO ESCONDE...



VOLVER A LA WEB: <http://www.larajedon.com/>